

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo X



El infierno y la historia estaban ahora tan entrelazados como los pecados que durante mucho tiempo habían asolado a la poderosa Babilonia. En 1331, un templo aislado en el centro de China explotó, y desde su lugar más recóndito, un pájaro muerto llevó el mensaje de Lucifael a través de las tierras. Durante diecisiete años repugnantes, el hedor rancio de la putrefacción se extendió por el Reino de Mongolia como un miasma divino y maligno: la Peste Negra era la Enfermedad del Diablo . Irradiando desde el corazón del continente, el letal brebaje de Lucifael continuó su corrupción del vasto reino asiático, y para 1347, la ola de mortalidad y enfermedad se había extendido hasta sus costas más meridionales, llegando al Mar Negro y su incipiente ciudad portuaria genovesa de Kaffa.

El Mar Negro - Kaffa - Octubre de 1347

Tras el descubrimiento genovés de una ruta comercial marítima hacia el Lejano Oriente y Crimea, el puerto asiático de Kaffa se convirtió en un próspero centro de comercio para los mercaderes genoveses, quienes recogían mercancías raras e invaluables de la Ruta de la Seda mongola y las enviaban a los diversos reinos de Europa. Sin embargo, a finales de 1347, la Ruta de la Seda les deparó a sus ávidos comerciantes genoveses un regalo muy diferente: la peste bubónica.

La ciudad amurallada de Kaffa cerró inmediatamente sus puertas, protegiéndose de una mayor infección mientras, en otros lugares, los mongoles se pudrían sin cesar y por miles. Los malos rumores sobre los comerciantes genoveses se extendieron tan rápidamente como la enfermedad: rumores de que los extranjeros de Occidente habían recurrido a su "malvada magia cristiana" para lanzar la Madre de Todas las Maldiciones sobre Mongolia. Por lo tanto, los caudillos supervivientes se unieron para formar un ejército de tártaros mongoles que cargaron contra la ciudad fortificada en un intento de expulsar a la bestia colonial de vuelta al mar, de donde provenía. Sin embargo, con filas defensivas de hábiles ballesteros y lanceros, y estrategias superiores, Kaffa mantuvo su pretensión sobre el territorio de Crimea.

El campo, antaño tranquilo, había cambiado lentamente: donde el fresco aroma de las hojas otoñales y el canto de los pájaros se extendían por bosques ininterrumpidos, ahora el aire transportaba los sonidos y Olores a conflicto creciente, a cascos retumbando sobre tierra helada, a cuero, sudor, desechos y podredumbre persistente, a gritos lejanos y bestias que bramaban. Inicialmente esporádicos, los ataques a la ciudad se volvieron más organizados y feroces a medida que avanzaba la campaña. Aun así, los genoveses mantuvieron a raya a los mongoles durante tres agotadores meses, hasta que los tártaros erosionaron las murallas de Kaffa con oleada tras oleada de mongoles vengativos, que cargaban, gritaban y eran sumamente honorables. En la primavera de 1347, cuando el clima se volvió más cálido y los cerezos florecieron. Las flores brotaron, la sangre genovesa se filtraba por las murallas de la ciudad. Con escasos víveres y pocos hombres capaces, los habitantes aislados se resignaron al desenlace aparentemente inevitable: que los tártaros estaban a punto de tomar la ciudad.

Sin embargo, el curso de la batalla cambió cuando los tártaros sufrieron un giro del destino inusual, quizás divinamente orquestado. Los vientos cambiaron de dirección y el aliento ardiente de Lucifael sopló sobre los ejércitos que avanzaban, pues la peste finalmente se había infiltrado en las filas de las hordas tártaras. En cuestión de días, toda la campaña apestaba a la putrefacción de los mongoles en descomposición, y, a lo largo de leguas en todas direcciones, los vapores de carne humana putrefacta contaminaban el aire. Mortificados, los señores tártaros vieron cómo sus vastas filas se desmoronaban, legiones enteras caían hinchadas, ennegrecidas y diezmadas por la enfermedad.

No era de extrañar que los tártaros cayeran abatidos y avergonzados de su recién debilitada condición: tenían sus preocupaciones culturales y religiosas en la más alta estima; veneradas con un honor mayor que cualquier temor a la pérdida de la vida. En su mayoría cegados por tales nociones sociales estrictas, que fueron reforzadas por siglos de adoctrinamiento inquebrantable, los guerreros mongoles apreciaban solo una forma de vida y aceptaban solo una forma de muerte. Para los mongoles, la vida y la muerte eran blancas o negras, sin confusión alguna en cuestiones de dignidad y deshonor. Para ellos, la muerte en batalla era honorable, a diferencia de la muerte por enfermedad, que deshonoraba a toda su familia y marcaba para siempre su

supervivientes con el estigma social de un linaje impuro.

Como muchos de los mongoles enloquecieron de fiebre, plagados para demostrar un honorable Tras la muerte, cargaron contra las murallas de Kaffa en incursiones suicidas masivas. Los rezagados, demasiado débiles para luchar, tropezaron y se plantaron ante las murallas como miserables ceremoniales y mendigos de dignidad, anhelando una ballesta genovesa que calmara su sufrimiento y rescatara a sus familias de una distinción deshonrosa e inevitable. Quizás, a modo de redención implícita, los guerreros tártaros se arrojaron contra la base de las fortificaciones de la ciudad , sacrificando su superioridad numérica a una creciente escalera de carne infestada de moscas, permitiendo así que sus camaradas mongoles escalaran sus restos más distinguidos y treparan las murallas.

A medida que pasaban los días , cuando el sol se ocultaba tras los cielos vespertinos y las brisas costeras se volvían hacia el mar, los colonos genoveses se ahogaban en el hedor acre de mil Los tártaros se enfurecieron. Aun así, resistieron en su ciudad, rezando para que la plaga acabara con la voluntad de las masas mongolas. Más allá de la superioridad numérica y las fortificaciones, el tiempo no jugaba a favor de ninguno de los dos ejércitos, ya que los genoveses agotaban sus provisiones con la misma rapidez con que la plaga diezmaba a los guerreros tártaros recién reclutados. Por lo tanto, podría haber parecido que ambos ejércitos se encontraban en un punto muerto.

Sin embargo, como bien sabía la Historia, con cada aplicación del Arte de la Guerra, el Hombre era simplemente un peón desechable. Después de todo, el Arte de la Guerra no era de diseño terrenal, sino una invención estrictamente divina, concebida incluso antes de la construcción del Infierno, cuando legiones de Ángeles celestiales se armaron contra sus hermanos y hermanas terrenales: los Vigilantes, con sus Jefes de Decenas. Y una Hermana Angélica, en particular, conocía el diseño de la guerra. Al igual que el Ángel Apolo, Lucifael también era uno de los Ángeles más importantes y favorecidos de Dios , y estaba al tanto de la mayor parte de Su Gran Diseño, incluyendo el Arte de la Guerra y la Conquista. Sin embargo, a diferencia de la caída en desgracia, algo grácil, de Apolo, inmediatamente después de su perdición, Lucifael empleó su agudo conocimiento de la creación y la destrucción para influir en el Hombre, proporcionándole nuevas herramientas y estrategias para librar guerras cada vez más efectivas contra sus hermanos: el cañón, el arco largo y la flecha perforadora de armaduras fueron solo los últimos dispositivos de destrucción diseñados mediante los íntimos susurros de sus malvados consejos. Ahora, ella susurraba nuevos secretos y, una vez más, el arte de la guerra había evolucionado para incluir el nuevo y letal concepto de Lucifael. Cuando infectó las aurículas de los moribundos Señores Tártaros con sus malvados susurros, ellos aprendieron de su vil estrategia de aniquilación humana: la guerra bacteriológica.

Decididos a expulsar a los genoveses, y con las nuevas revelaciones de Lucifael, los Señores

convocó una flota de trece de sus catapultas más grandes, ordenando a sus ejércitos que lanzaran las Cadáveres contaminados de sus camaradas caídos en el corazón de la ciudad amurallada. Esparcidas uniformemente sobre las murallas de Kaffa , las máquinas de la muerte nunca descansaban. Día y noche, sin cesar, un suministro inagotable de mongoles azotados por la peste caía sobre la ciudad genovesa, atravesando tejados y aplastando a transeúntes desprevenidos. A tal ritmo infernal, los colonos no podían quemar los cuerpos tan rápido como los tártaros los arrojaban por encima de las murallas. Y el espantoso olor a pelo y piel quemados se mezclaba con el olor a carne podrida, llenando el asentamiento amurallado con un hedor sofocante. El infierno se cernía sobre Kaffa. En la rama más alta de un cerezo, un cuervo solitario graznó dos veces, y otra vez.

Rodeada y con casi todas sus provisiones agotadas, Kaffa preparó una flota de trece de sus barcos más grandes, listos para zarpar rápidamente. Marineros, soldados y mercaderes genoveses saquearon la ciudad, llenando las bodegas con todo lo que era valioso: oro y plata; jade asiático y cerámica elaborada; pieles curtidas y abrigos de piel; gemas en bruto y joyas raras; y barriles de especias y perfumes. Y cuando hubieron cargado por completo los cascos de la flota, retiraron el entablado de las estructuras de madera de la ciudad , cerrando las cubiertas de los barcos con muros aún más altos para acomodar la carga adicional que quedaba. Con la ciudad despojada de sus posesiones más valiosas, doce barcos zarparon sigilosamente del puerto al amparo de la oscuridad. La tripulación del decimotercero se quedó atrás. Tras incendiar completamente la ciudad, dejaron a su paso un infierno rugiente de edificios en llamas mientras alcanzaban a la armada en retirada.

La Santa Godeberta era la más grande y la más apta para navegar de las trece naves de pesca. Sus enormes vigas transversales sostenían un casco doblemente reforzado de tablones a tingladillo y, con un mástil, verga y vela imponentes, escoltaba a su pesada flotilla hacia Génova. Su tripulación había modificado su cubierta para incluir tablones prestados de edificios de Kaffa que formaban un muro elevado sobre sus bordas. Para prepararse para alta mar, unas abrazaderas metálicas anclaban una red de cuerdas que aseguraba su excesiva carga en cubierta.

Más grande que la mayoría de los buques mercantes transoceánicos, era la construcción más reciente y el orgullo de los astilleros genoveses. Una cubierta de popa en forma de U se alzaba sobre su popa cubierta de carga. Su cubierta de proa se extendía sobre una proa recta. Incluso sin sus decenas de toneladas de carga de Kaffa, desplazaba casi ciento cuarenta y cuatro toneladas de agua. Era, sin duda, una bestia marina, si es que alguna vez existió una. Sin embargo, no estaba vacía, sino repleta hasta los topes, con su vientre flotando pesadamente en el agua y sus doce puertos de remos abrazando las olas del océano. Era solo su octavo viaje de Kaffa a Génova y aún resultaría ser el más pesado. Mucho más allá de su

A pesar de su capacidad de diseño, el más mínimo contratiempo o error de cálculo podría enviarla a ella y a sus veinticuatro marineros a toda velocidad hacia el fondo del océano. Bajo un manto de estrellas matutinas y con la brisa constante de un viento marino, la Santa Godeberta guió a su pesada flota a través de la plácida superficie del Mar Negro hacia el oscuro horizonte que la llevaba a casa .

Una docena de barcos mercantes cargados pesadamente navegaban con dificultad en sus bajas líneas de flotación; y las maderas de los cascos sobrecargadas crujían y gemían en la agitada espuma del mar; y el olor a salmuera y podredumbre persistía en los cascos repletos de tesoros. Hombres, mujeres y niños cubrían cada centímetro de En sus cubiertas, pero no se pronunció palabra; los pocos bebés a bordo estaban demasiado débiles para llorar. En efecto, los colonos genoveses habían escapado de los cadáveres tártaros voladores con todos sus tesoros y dejaron a sus envidiosos enemigos asiáticos como única herencia una tierra arrasada. Sin embargo, por muy limpia y fácil que pareciera su huida, no contaron con la intervención angelical: cuando Lucifael tenía un interés en la historia, sembraba sus raíces, a menudo tejiendo el futuro con una perspectiva agríndice. Los genoveses estaban a salvo lejos de Kaffa; Sin embargo, no lograron escapar de su funesto destino, que Lucifael había planeado astutamente de antemano.

Apenas unos días después de zarpar, varios miembros de la flota enfermaron gravemente. Los marineros supervivientes arrojaron los cuerpos de los fallecidos por la borda mientras ponían en cuarentena a los enfermos, cuyo estado empeoraba progresivamente, bajo la cubierta de popa.

y cerca de la popa de sus naves. Ganaron tiempo suficiente para mantener a raya el contagio mortal, rociando la cubierta con cubos de salmuera para lavar los desechos y fluidos expulsados por los infectados. Incluso con tales precauciones aplicadas adecuadamente, no tenían idea de que sus camaradas eran una fuente de infección menor que los polizontes que se escondían bajo las cubiertas de sus naves. Y cuando la armada rodeó el

En el extremo más meridional de Italia, los moribundos superaban en número a los vivos en una proporción de casi dos a uno. En ruta, el barco rezagado de marineros que incendiaron Kaffa se había separado de la flota, a la deriva sin rumbo mientras se desvanecía en un horizonte oceánico plano.

Los doce barcos avanzaban como persistentes ataúdes flotantes, cruzando un mar estéril impulsados únicamente por la El deseo era ver su puerto genovés. Sin embargo, la desesperación finalmente marcó el rumbo de la Santa Godeberta hacia el mar. Con marineros agotados a cargo de su aparejo y Génova aún demasiado lejos para navegar, viró su proa y su flota hacia el puerto marítimo más cercano, Messina, en Sicilia.

Con tan solo una docena de barcos mercantes que avanzaban sigilosamente, tripulados por una población en fuga y un puñado de marineros moribundos, la Flota de la Peste Negra sobreviviría a la historia y sería recordada como la armada más mortífera y mal equipada que jamás haya navegado por aguas europeas. Y desde las aguas bajo tierra la tierra, se burló Lucifael.

Boca de la montaña

El sol poniente se desvaneció tras las grises nubes de finales de otoño, dejando una noche oscura e inusualmente fría que se cernía sobre el corazón de Francia. Una rama crujió; un perro ladró; sin embargo, ningún otro ruido perturbó la noche silenciosa y sin viento. Bajo tierra, el sonido de la respiración agitada de un niño resonó en la oscuridad mientras, en las profundidades de la Boca de la Montaña, una figura vestida con una túnica ascendía con dificultad por un pasaje empinado hacia la gruta, con una cantimplora llena colgada al hombro. La silueta dejó caer la cantimplora cerca de la pared de la cueva y dirigió bruscamente su atención a un fuego que se extinguía. Leña fresca y una nueva llama revelaron a Lázaro, con la capucha ahora metida en su cinturón de cuerda. El largo cabello negro enmarcaba el rostro sucio y sombrío del niño, sus ojos brillando como zafiros resplandecientes a la luz del fuego. Aparte del vaho constante de su respiración, solo el movimiento de sus pupilas marcaba el momento, por lo demás inmóvil, hinchándose y contrayéndose a la luz de una llama que luchaba por avivarse.

Lázaro se sentó sobre una piedra. En un intento por exorcizar el frío perpetuo que hacía tiempo se había instalado en sus extremidades, se cubrió con la capucha de su túnica, apoyó los pies sobre brasas incandescentes y calentó sus manos con el nuevo resplandor. Sin embargo, las llamas aumentaron, El fuego rugía, y las pupilas de Lázaro eran pequeños agujeros contra círculos azules. Se alejó del calor infernal que ahora consumía todo rastro de frío de la gruta. Muy arriba, tonos anaranjados y sombras cambiantes danzaban sobre la masa aferrada de mil murciélagos; en conjunto, sus vastos números de ojos reflejaban en la luz del fuego para imitar un Cielo oscuro salpicado de estrellas centelleantes. El humo ascendía en espiral, acumulándose contra el techo de la gruta. Un puñado de murciélagos alzó el vuelo y sobrevoló la cueva. Lázaro se quitó la capucha y comprobó si el vaho de su aliento había desaparecido. Más murciélagos se agitaron en la caverna, que se calentaba rápidamente.

El muchacho fijó su mirada en los murciélagos mientras se alejaba del fuego y escalaba hileras irregulares de repisas escalonadas, dirigiéndose hacia las regiones superiores de la cueva, volviéndose ocasionalmente para inspeccionarlos desde un punto de vista aún más elevado antes de continuar su ascenso. Un mar de pequeños ojos negros escudriñaba su constante avance hacia arriba; sin embargo, los murciélagos no huyeron como él había previsto. En cambio, permanecieron firmes contra el techo, aparentemente tan curiosos de Lázaro como él de ellos. El muchacho se subió a la repisa más alta. Se puso de pie y se arregló la túnica mientras inspeccionaba el techo de la gruta, con sus numerosos ojos fijos.

—¿Tienes calor? —preguntó en voz alta—. ¿Me enseñarás? El repentino llamado del muchacho resonó por el hueco y varios murciélagos cayeron de sus nidos para unirse a los que ya sobrevolaban la caverna. Otros los siguieron y la gruta se llenó de un remolino de alas.

En conjunto, podría haber parecido que se turnaban para demostrar su valía ante la colonia, mientras las masas, como jueces celestiales, observaban atentamente las habilidades aéreas del último participante . E incluso si no estaban siendo juzgados, Lázaro sin duda vigilaba de cerca a aquellos que optaban por volar. Finalmente, el muchacho se desnudó. Firme en la cornisa, se posó sin nada más que un taparrabos y guantes. Sus magníficas alas de murciélago se desplegaron y extendieron, imitando con ellas los movimientos de sus pequeños maestros. Aunque cada murciélago era diferente, Lázaro observó que, en vuelo, sus movimientos eran idénticos a los de todos los demás: alas ahuecadas batiendo en ascenso, alas duras y abiertas con una repentina desaceleración, y alas plegadas para un rápido picado. Sus ojos se movían rápidamente; sus alas batían en el aire; su mente ardía mientras contemplaba la metodología: las múltiples formas y métodos necesarios que se exhibían visiblemente en el arte del vuelo de los murciélagos. Así sucedió que, durante la mayor parte de la noche, aprendió de sus compañeros de la cueva.

En la hora previa al amanecer, los murciélagos ya habían cerrado sus pequeños ojos negros, entregándose al reino de los sueños diurnos al revés, y Lázaro se retiró de sus lecciones vespertinas. Fatigado, hambriento, con frío y con las alas doloridas, Lázaro se puso de nuevo sus túnicas y bajó al suelo de la gruta. Avivó el fuego y sacó comida de su saco de provisiones. Finalmente, se sentó en una piedra frente a las llamas frescas, con una cantimplora a su lado, y se dio un festín con pan plano y tiras de carne curada en sal . Un movimiento en las sombras captó su atención.

¡Ojos amarillos resplandecían!

“¡Sss!” Lázaro escupió la comida, cayó de la piedra y retrocedió a trompicones mientras, en la entrada de la gruta, un par de ojos brillantes y separados parecían flotar en la oscuridad. Como dos lunas gemelas, flotando cerca del suelo de la cueva, las esferas iluminaban a Lázaro con el reflejo de la luz del fuego.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Lázaro, con las orejas hacia atrás y las pupilas dilatadas. No parpadeó. Lázaro olfateó el aire y aguzó el oído para percibir el leve olor y la respiración irregular de un animal que también olfateaba el ambiente.

Entonces un jabalí negro resopló y salió de las sombras del pasaje. Lázaro suspiró aliviado. Se puso de pie y se sacudió el polvo de la túnica, riendo entre dientes mientras lo hacía. "Por qué, ¡Eres un cerdo! ¡ He visto gente como tú en los libros! El jabalí asustado se dirigió rápidamente hacia la entrada de la gruta, pero se detuvo y miró hacia atrás a Lázaro.

—¡Oh, no te vayas! No te haré daño. Me sentaré ahora. —Lázaro se acercó a la piedra y se sentó en silencio. El jabalí se volvió hacia Lázaro y dio unos pasos cortos, olfateando el aire antes de detenerse.

—¿Tienes hambre, verdad? —preguntó Lázaro. Levantó un trozo de carne que tenía junto al pie y lo presentó con buena luz. “Ven. Come.” El jabalí se mantuvo a distancia.

—Toma —dijo Lázaro, arrojando la carne a pocos metros del animal. Este la miró nerviosamente, alternando la vista entre Lázaro y el resto de comida; finalmente, se acercó, olfateó y devoró la carne. Luego, se quedó mirando a Lázaro, como si esperara más.

—¿A ti también te gusta el pan? A mí no me gusta, está demasiado seco. —Lázaro le arrojó un trozo grande de pan plano. El jabalí lo recogió y salió corriendo de la gruta.

¡Espera! ¡No te vayas! —exclamó Lázaro, persiguiéndolo. En la cueva exterior, dobló la esquina hacia la entrada y divisó al jabalí trepando por la cresta rocosa. Sobre la colina, nubes carmesí se extendían por el cielo: el amanecer. Lázaro se retiró abruptamente a la oscuridad. Solo entonces se dio cuenta de lo realmente agotado que estaba. Regresó arrastrando los pies a la gruta.

Durante la semana siguiente, Lázaro continuó con sus lecciones, fortaleciendo sus alas lo suficiente como para elevarse del suelo; sin embargo, con alas aún demasiado débiles para soportar su peso, Lázaro solo podía realizar vuelos cortos a baja altura entre las piedras del suelo de la cueva.

Con el paso del tiempo, Lázaro adoptó el mismo horario que los murciélagos, durmiendo durante el día para poder estudiarlos cuando estaban más activos. Las noches se volvieron más frías con las heladas recurrentes y, cuando la leña se agotó, salió de la cueva para recogerla en la parte trasera de Boca de Montaña. Mientras el humo seguía elevándose de sus hogueras, un número creciente de murciélagos abandonó la cueva en busca de refugios tranquilos en otros lugares. Con casi una cuarta parte de ellos desaparecidos, Lázaro comenzó a notar zonas vacías en el techo que antes cubrían. Sin embargo, en estos días, la atención de Lázaro no se centraba exclusivamente en los murciélagos, ya que, después de sus lecciones y precisamente al amanecer, el jabalí frecuentaba Boca de Montaña para cenar con él. Y vaya si cenaban.

Sicilia - Puerto de Messina

Un muchacho siciliano elegantemente vestido estaba de pie cerca de la orilla mientras una bandada de gaviotas lo rodeaba en busca de trozos de pan. Su largo cabello negro y su ropa brillante ondeaban con la brisa constante. Sostenía el último bocado de maná hacia el cielo, con los ojos cerrados y el rostro contraído por el dolor. Una gaviota se lo arrebató de los dedos y él bajó el brazo bruscamente, riendo. El muchacho se protegió los ojos del sol abrasador, entrelazando los dedos sobre la frente mientras miraba fijamente hacia el horizonte suroeste del océano.

Aparecieron dos puntos, luego un tercero.

“¡Mamá! ¡Barcos!”, gritó el niño por encima del hombro mientras señalaba hacia el mar, “¡Cuatro!

¡Cinco barcos! ¡Más!

El Santa Godeberta condujo su imponente armada de buques mercantes al puerto de Messina. Con popa baja y proa alta, surcaba el mar embravecido, sobrecargada con los considerables y costosos restos de una ciudad caída. Como un barco fantasma, su cubierta abandonada brillaba bajo el constante rocío marino; inmóvil, sin una tripulación visible que dirigiera su rumbo. Ya fuera navegando o a vela, no se balanceaba ni se inclinaba con las olas del océano. A pesar de la profundidad a la que se hundía en el agua, incluso con sus muchas toneladas de carga pesada, solo un puñado de pulgas y una cesta de ratas demostrarían la gravedad de su botín. No más pesados que un saco de arroz, la insignificante carga de estos insectos y roedores sería capaz de quebrar la espalda de millones; aplastar los pilares y las losas de todos los reinos europeos; y aplanar la faz de todo el continente.

Una multitud de peatones y transeúntes se reunió en los muelles para presenciar un espectáculo inusual para su época: una flota de enormes barcos, aparentemente capaces de navegar incluso por los océanos más amplios y traicioneros. Cientos de muchachos ansiosos y campesinos desaliñados se alineaban en los muelles. el puerto, buscando reclamar más del escaso espacio de muelle más cercano a los pilotes de cuerda. Se disputaban un puesto como trabajadores contratados para descargar la carga. Con una flota tan pesada, estaban bastante seguros de que, de los elegidos para descargar, recibirían un generoso salario de varios días. Se avecinaba la hora de trabajar. Los hombres refunfuñaban y se empujaban mientras los jóvenes luchadores levantaban polvo. La gente abarrotaba el puerto mientras la multitud, ya apiñada, se extendía por las calles. La bulliciosa ciudad quedó paralizada, deteniéndose para observar la armada que se aproximaba. Para todos los presentes, era cada vez más evidente que los muelles eran incapaces de asegurar semejante flotilla. Aun así, la flota siguió avanzando, obstruyendo el horizonte con su presencia cada vez mayor.

Un corpulento capitán de puerto y dos de sus herreros se encontraban en lo alto de una plataforma de madera que dominaba el muelle abarrotado. El capitán, frustrado, ondeaba una bandera roja hacia los barcos que se aproximaban, indicándoles que zarparan y se detuvieran. «Tiene usted razón, señor. No son barcos nuestros; quizás portugueses», dijo uno de los herreros, entrecerrando los ojos hacia el mar.

El otro portero le dio un golpecito en la nuca al capitán. —Han llegado, señor. El hombre bajó su estandarte y miró por encima del hombro para descubrir filas de soldados armados que se abrían paso entre la multitud. El resplandor del sol en sus cascos y el avance de su formación alargada parecían un gusano de fuego resplandeciente, abriéndose paso entre la multitud mientras serpenteaba hacia el muelle. Asintió y volvió a fijar su atención en la implacable flota, ondeando su estandarte en un intento desesperado por llamar la atención, pero fue en vano, pues la Santa Godeberta rompió el perímetro exterior del puerto de Messina.

Las preocupaciones del capitán eran claramente evidentes para sus herreros del puerto, quienes también estaban de pie.

asombro ante la flota, que ahora se abalanzaba sobre ellos como si navegara fuerte y poderosamente en alta mar. Como era costumbre y norma para el ataque seguro de buques más grandes como En estos barcos, sus velas debían estar sujetas a las vergas y los remos listos para navegar por el puerto. Sin embargo, apenas la mitad de la vela de la Santa Godeberta estaba sujeta a la verga; el resto permanecía desplegada, expuesta al viento. Las cuerdas enredadas de su aparejo principal colgaban alrededor del mástil y la verga. Con solo tres de sus remos girando débilmente, apenas lograban frenar su velocidad.

—¡Nos están pisando los talones, capitán! —exclamó uno de los marineros—. ¡Hay un mar entero detrás de ellos! —Señaló el barco que seguía de cerca a la Santa Godeberta, con toda la vela desplegada y sin remos—. Y el siguiente... ¡es como un barril rodando por una tabla! ¡ Tiene la vela completamente desplegada! Mírala, capitán, ¡va a toda velocidad! ¡Abierto! ¿Hago la llamada?

El capitán se cubrió la boca con una mano, ondeando el estandarte mientras gritaba hacia la flota que se aproximaba, la cual comenzaba a llenar la bahía. “¡Alto! ¡Reúnan las vergas! ¡Gire de proa a popa! ¡Gire su...!”

Uno de los barcos aplastó una pequeña embarcación pesquera, arrastrando parte de sus restos con su propia red, que quedó enredada en su proa. El capitán arrió su estandarte y ordenó a sus herreros del puerto que procedieran con la llamada.

Saltaron a su orden. Uno de ellos se giró, agarró un mazo de metal que colgaba y tocó una gran campana tubular. El otro gritó por encima del ensordecedor sonido de las campanas, agitando los brazos, ordenando a la multitud que despejara los muelles. El pánico se apoderó de la multitud, que se pisoteaba a sí misma en su prisa por huir del borde del puerto. Soldados aullando se desplegaron en un intento desesperado por formar una barrera.

Las numerosas miradas de la multitud de Messina se posaron en la Santa Godeberta mientras surcaba las olas con crestas blancas, arrojando un chorro constante de agua de mar bajo su enorme proa; era como un monstruo marino furioso empeñado en encallar. El capitán del puerto y sus dos hombres saltaron de la torre de observación justo cuando las filas de tablones y pilotes del muelle estallaron bajo el peso aplastante del barco sobrecargado. Todo el puerto se estremeció por la fuerza del impacto. La torre destrozada se derrumbó sobre la multitud cuando el barco encalló, arrojándose sobre la línea de soldados y aplastándolos contra la costa. Tan pronto como la Santa Godeberta se plantó sobre los soldados El segundo barco irrumpió en el puerto, rozando su popa y raspando la esquina de estribor antes de girar bruscamente, estrellando su costado de babor contra el puerto y destrozando una vasta extensión del muelle de madera. De nuevo, el puerto resonó, rugiendo al compás del estruendo y los gritos de su estupefacta población. Diez barcos pesados más...

Los barcos entraban en el puerto, presentando una enorme muralla de madera, cuerdas y velas que parecía engullir la bahía; y sin rastro de tripulación en sus mástiles, vergas o cubiertas, el puerto de Messina parecía estar asediado por una armada invasora de barcos fantasma.

¿Y qué, si no por una aparente intervención divina, hicieron que los cascos de los dos barcos permanecieran intactos mientras una gran sección del muelle del puerto yacía destruida, amontonada contra la costa como una hilera de astillas? Justo detrás de ellos, diez barcos más se adentraron sigilosamente en la bahía, deteniéndose finalmente. Contra la masa de embarcaciones no invitadas, los hombres se movían con la agilidad de insectos frenéticos; el puerto era un caos ondulante. Con la proa de la Santa Godeberta varada, el capitán del puerto y sus guardias treparon por la cubierta de proa.

Un hombre sin camisa, sudoroso y enfermizo salió tambaleándose de la bodega. Cayó hacia atrás contra la pared más cercana y se deslizó por la cubierta. Se encorvó, moviendo la cabeza como un borracho. marinero. Las ojeras de sus ojos estaban oscuras y parecían amoratadas, al igual que las puntas de sus dedos. Guardias del puerto lo rodeaban mientras otros se abalanzaban sobre la bodega del barco.

El capitán del puerto señaló por encima de su cabeza. "¡Corten la vela! ¡Este barco se queda!" Varios herreros del puerto treparon por el aparejo. Se acercó al hombre sudoroso y gritó: "¿Dónde está el capitán de este barco?" Se giró hacia la entrada de la bodega y bramó: "¡ Quiero a toda la tripulación en cubierta! ¡Traiganlos!" Volvió a mirar al hombre sucio. "¿Quién comanda esta flota?"

El hombre respondió, delirando por la fiebre: «Ni capitán, ni flota, solo el océano. El océano reclama a los muertos, a todos los muertos».

Un guardabarreras le susurró al oído al capitán: "Está borracho, sin duda".

El capitán del puerto continuó su interrogatorio. —¿Cómo se llama este barco? Esta flota zarpa hacia Génova, ¿verdad? —Examinó la carga amontonada. Echó un vistazo a las cubiertas de los demás barcos—. Sus barcos están cargados hasta el límite de su capacidad. Solo Dios sabe cómo los mantienen a flote . ¿De dónde sacaron toda esta carga?

El hombre logró responder: "El barco es el Santa Godeberta, que va de Kaffa a Génova".

El capitán ordenó a dos de sus hombres: «Pónganlo de pie. Déjenlo respirar». Le dijo a otro que estaba a su lado: «Traigan un balde de agua. Que se le pase la borrachera». El capitán negó con la cabeza y murmuró: «¿Kaffa... con esta carga?». Miró la mercancía atada que cubría casi toda la cubierta y vio una rata negra que se escabullía entre los barriles.

Se cruzó de brazos. "Ni en mil años".

—¡Capitán! —gritó una voz desde la bodega del barco—. Solo hay cinco hombres aquí abajo, y la bodega está terriblemente llena. El capitán del puerto se quedó mirando la bodega.

El hombre salió y se secó el sudor de la frente. Continuó: «Capitán, estos hombres están enfermos, muy enfermos. Tendremos que cargarlos».

Dos guardias metieron las manos por debajo de los brazos del sucio marinero y lo levantaron hasta ponerlo de pie.

“¡Argh!” El hombre gritó y se desplomó sin fuerzas. Los guardias, sobresaltados, lo dejaron caer sobre la cubierta y el hombre inconsciente quedó tendido, con los brazos sobre la cabeza, dejando al descubierto un par de masas negras e hinchadas, como manzanas podridas, que sobresalían de sus axilas.

Las hinchazones reventadas supuraban una mezcla de pus y sangre negra que se acumulaba sobre la cubierta. Los guardias se limpiaron los brazos contra las perneras de sus pantalones. Un olor rancio brotaba de un marinero dormido. El capitán se tapó la nariz y la boca y retrocedió. “¡Por Dios !”

Entonces se giró y bramó: “¡Abandonad el barco! ¡No toquéis nada! ¡Hay una plaga a bordo!”

Los guardias corrieron hacia la proa del barco mientras los herreros del puerto bajaban a toda prisa por el aparejo, algunos saltando de cabeza al agua.

En el breve lapso que siguió, los doce barcos fueron amarrados a puerto, custodiados por cientos de soldados armados con órdenes de detener, incluso por la fuerza, a cualquiera que intentara abordar o desembarcar. Y en apenas un día, los rumores sobre los barcos contaminados se extendieron por toda Messina.

Al segundo día, las tripulaciones de la flota solicitaron la presencia de médicos a bordo para atender a los enfermos. Las autoridades municipales accedieron únicamente con la condición de que, una vez a bordo, el médico permaneciera en el barco. Ninguno de los médicos de la ciudad aceptó. Los funcionarios del puerto enviaron comida y agua en cubos atados con cuerdas. Una vez vacíos, los cubos permanecían en los barcos. De esta manera, se tomaron todas las precauciones necesarias para poner en cuarentena las embarcaciones.

Al tercer día, el hedor a muerte se extendió por el muelle, arrastrado tierra adentro por la brisa marina. Ante las advertencias de los médicos, se ordenó a los guardias que retrocedieran por temor a que el viento propagara el contagio de los barcos. Con los guardias más alejados de las embarcaciones, el crepúsculo cayó silenciosamente sobre el muelle y las ratas, impulsadas por la sed, reunieron el valor suficiente para arrastrarse por los cabos de amarre y las cuerdas del barco hasta el muelle, solo para escabullirse y unirse a sus primas las ratas del muelle.

Al sexto día, muchos guardias enfermaron. Una turba enfurecida se congregó en el puerto y las autoridades municipales no tuvieron más remedio que ordenar la salida de los doce barcos, carga incluida, para evitar que fueran incendiados. Ante la perspectiva de obtener ganancias rápidas y el libre tránsito hacia otros puertos europeos, marineros de Génova, Marsella, Córcega y Cerdeña, estacionados en la zona, acordaron repartirse parte de la valiosa carga de la flota a cambio de tripular los barcos para su salida del puerto y su traslado a diversas ciudades costeras.

Y al séptimo día, el puerto arrastró los barcos mar adentro. Inmediatamente, el Black La Flota de la Muerte se disolvió, y la mayoría de sus barcos zarparon rumbo a puertos distintos de Génova. Sus cubiertas, antes abarrotadas, estaban vacías: uno a uno, los pasajeros y la tripulación habían arrojado por la borda a los infectados por la peste hasta que ninguno sobrevivió al viaje.

De apariencia discreta, Messina ya estaba condenada, pues, aunque su puerto había sido purgado de los barcos genoveses, la Plaga de la Piedra de Puerta seguía acechando en las sombras bajo sus muelles. Sobre los lomos de ratas de muelle infectadas había pulgas igualmente infectadas, gestantes de la enfermedad. Sus estómagos eran úteros infinitesimales del Infierno, en pleno parto, listos para entregar sus diabólicos brebajes. Y la maldad del Diablo evolucionó. En cuestión de semanas, la malvada madre de Lázaro transformó a toda la población de Messina en un fértil huerto de manzanas negras pestilentes, maduras de muerte y regordetas para su desplume.

Así fue como la Gran Peste surgió en los muelles y se extendió tierra adentro, dejando a su paso solo una ciudad devastada. La plaga se convirtió en un incendio forestal incontrolable cuando llegó el fin de Europa .

Boca de la montaña

Habían transcurrido más de tres semanas desde que Lázaro llegó a Boca de la Montaña. En ese lapso, su cuerpo se había fortalecido, adquiriendo una musculatura definida, y el peso que había perdido en brazos y piernas se había trasladado a sus alas, ahora más pesadas y tonificadas. Los vuelos cortos entre las piedras del suelo se habían convertido en vuelos más largos a mayor altitud. Ya no trepaba por el muro hasta la cornisa de piedra cerca del techo; ahora volaba directamente hacia ella. Recogía leña no rodeando Boca de la Montaña, sino sobrevolando su cima y regresando. Aun así, incluso con estas nuevas habilidades, no estaba en condiciones de emprender el viaje al monasterio italiano. Incluso los vuelos cortos que requerían algún esfuerzo, como recoger leña, le robaban el aliento. Y sabía que para cruzar el Golfo de León hasta la isla de Córcega, o desde la isla hasta la península italiana, tenía que demostrar que era capaz de mantenerse en el aire durante al menos media noche.

Un frío intenso soplaba con fuerza desde el norte. El valle de piedras estaba cubierto por una fina capa de hielo, dejada por la granizada de la noche anterior. Dentro de la gruta, yacía Lázaro. Dormido, acurrucado junto a un fuego moribundo, sus constantes exhalaciones formaban niebla en el aire gélido. Arriba él, la mitad del techo estaba desnudo, con los murciélagos acurrucados contra el techo trasero más alto del caverna.

Lázaro gimió y se acurrucó aún más. Dormido, aguzó el oído y oyó el eco de algún sonido en la cueva. Entreabrió los ojos; sus pupilas, antes enormes, se redujeron a puntos negros sobre fondo azul.

“¿Cerdo?” , gritó, incorporándose en una posición sentada. Bostezó mostrando los colmillos y se frotó la cara. —¿Eres tú? —Un bufido respondió—. Ahora no, cerdo. Estoy agotado.

Lázaro buscó en la oscuridad y descubrió al jabalí hurgando en su saco de provisiones.

«¡Cerdo! ¡No!» . Lázaro se puso de pie de un salto y corrió hacia el jabalí. «¡Fuera de ahí!» .

El animal asomó la cabeza del saco con una calabaza regordeta entre los dientes.

Chilló y salió disparado de la cueva con el bocado.

—¡Que no sea cierto! —exclamó Lázaro, rebuscando frenéticamente en el saco. Sacó el frasco de sangre y lo examinó. Salvo una fina grieta que recorría un lateral, el recipiente permanecía sellado e intacto. Aliviado, se le ocurrió otra cosa y revisó el saco para descubrir que el jabalí le había robado hasta la última migaja de comida.

—¡Cerdo! —gritó. Lázaro sacó una pequeña bolsa de cuero del saco y metió dentro el frasco y otros objetos que consideró lo suficientemente importantes como para tenerlos cerca.

Entonces regresó furioso al fuego moribundo con él. "¿Por qué?" Dejó la bolsa a su lado y avivó el fuego con leña fresca. "¡Compartí mi comida contigo!" Arrojó más troncos sobre las brasas incandescentes y gritó hacia la entrada de la gruta ; su voz resonó

A través del hueco como una campana entre la niebla: «¡No robarás!» . Varios murciélagos alzaron el vuelo, sobrevolando la cueva, mientras los troncos humeantes estallaban en llamas. Lázaro miró fijamente a través del fuego.

Transcurrió otra semana mientras una nueva nevada cubría la Boca de la Montaña.

Durante ese tiempo, Lázaro rasgó la parte posterior de su túnica para que sus alas quedaran al descubierto. También volvió a usar su máscara. Estos cambios eran necesarios para poder sobrevolar la cima de la Boca de la Montaña durante un buen rato sin congelarse. Y con ellos, logró mantenerse en el aire durante casi tres horas. Sin embargo, ni siquiera tres horas fueron suficientes para cruzar los mares. Con el invierno acercándose rápidamente y sin comida, Lázaro finalmente se desplomó de hambre, fatiga y frío intenso. La suma de estas condiciones insoportables lo obligó a regresar a la gruta para reconsiderar su promesa.

Llegó la madrugada con un mar de estrellas ahogándose, muriendo en un cielo carmesí. Dentro En la gruta, un Lázaro letárgico avivó el fuego una vez más y recostó la cabeza. Miró por encima del techo casi desierto: apenas quedaba una cuarta parte de los murciélagos. Y allí permaneció, sopesando si volar de regreso a la abadía, si escabullirse en la noche y volver a la cueva, con provisiones de cocina.

Olfateó el aire; un olor familiar aún flotaba en él. Sintió un nudo en el estómago. Lázaro se arrastró por el suelo, alzó una enorme roca, desplegó sus alas y se lanzó al aire. Dio vueltas dentro de la gruta con la mirada fija en la entrada del pasadizo. Sin percatarse de la presencia de Lázaro, el jabalí entró, moviéndose sigilosamente, acercándose con cuidado al saco vacío de provisiones de Lázaro. Luego, el animal metió la cabeza por la abertura. Lázaro se lanzó con la piedra y le dio en la cabeza. El jabalí chilló y los murciélagos salieron disparados del techo.

El jabalí salió tambaleándose de la gruta. Consumido por el hambre, levantó la piedra y lo persiguió. Juntos, corrieron fuera de la cueva y cruzaron el valle de piedras. Lázaro fue ganando terreno al jabalí chillón mientras ambos superaban la cresta, descendiendo por su ladera este. Desorientado, el jabalí se detuvo y se volvió hacia él, blandiendo sus colmillos. En ese instante, la piedra de Lázaro dio en el blanco: el jabalí había muerto.

Sin aliento y exhausto, Lázaro agarró al cerdo por una pezuña trasera y lo arrastró por la cresta, hacia la cueva. Solo al acercarse a la cima se percató de su apuro. Alzó la vista, entrecerrando los ojos ante el ardiente amanecer rojo, y ahora era plenamente consciente de que se encontraba fuera de la cueva mientras salía el sol. Frenéticamente, tiró del jabalí por encima de la cresta y de vuelta por su lado sombrío. Con esfuerzo tras esfuerzo, Lázaro arrastró al cerdo por el lecho seco del río, abriendo un camino a través de la nieve hacia la cueva. La nieve se amontonaba sobre el cerdo y se derretía en el pelaje del animal aún caliente. Los momentos pasaron volando como un enjambre de abejas. El sol seguía ascendiendo, las estrellas ahora ahogadas en su fuego. Un picor de quemadura solar se extendió por su piel expuesta, pero con todas sus fuerzas restantes, Lázaro siguió adelante, pie a pie, metro a metro, ignorando el dolor.

Finalmente, llegó a la entrada de la cueva y arrastró al jabalí hacia sus sombrías profundidades. Los primeros rayos de sol abrasador brillaron sobre el horizonte. Lázaro luchó, frenéticamente tirando y arrastrando a la bestia mojada y pesada aún más hacia la oscuridad. La parte trasera del cerdo La pierna se enganchó en una grieta del suelo de la cueva; y Lázaro la soltó. Se puso de pie y se preparó para otro tirón cuando un delgado rayo de luz roja —un hilo no más ancho que una telaraña— atravesó una grieta distante en la cima de la cresta oriental lejana. La línea de luz carmesí se extendió a través del valle de piedras, entró en la boca de La viga entró en la cueva y rebotó contra la pezuña trasera mojada del jabalí. Luego cambió de trayectoria, ascendiendo desde la pata del jabalí, hasta que finalmente impactó a Lázaro de lleno en el ojo.

El muchacho soltó al jabalí y se arrojó completamente a las sombras. Se retorció y

Se movían frenéticamente por el suelo de la cueva como si intentaran huir de una nube de avispas furiosas. "Oh ¡Dios mío! ¡Ah! ¡AH!

Humo sulfuroso y ceniza gris emanaban de cada parte de su cuerpo, y la bruma amarillenta y polvorienta se extendía pesadamente sobre el suelo de la caverna. Trepando a ciegas y agitando los brazos, se puso de pie y se adentró a trompicones en la cueva, del mismo modo que el cerdo desorientado salió de ella. Una estela de ceniza amarillenta seguía a Lázaro mientras se precipitaba por el pasadizo hacia las profundidades más oscuras de la gruta.

"¡DIOS! ¡SIS!" Se desplomó y rodó sobre su improvisado saco de provisiones.

"¡CHIRRIDO!" Murciélagos asustados brotaron del techo y revolotearon sobre él. Ahora rodando y arañando el suelo de la cueva, tirando del saco sobre él, agarrándose a todo y a todo; nada de lo que pudiera reunir, mover o hacer, podía deshacer lo hecho. Ni bolsa, ni oración, ni promesa podían revertir el curso inexorable e inquebrantable de los acontecimientos, para un Grotesco, una vez quemado por el sol. La forma humeante tiró del saco de provisiones sobre él, luego se sentó erguida, apoyándose hacia atrás sobre un brazo. Su rostro aullador vuelto hacia el techo, temblando con un rostro cada vez más duro y quebradizo, exhaló un último gemido moribundo: "¡PA-DIOS!" El color se desvaneció, dejando una superficie endurecida, gris como el granito. En la bruma que se disipaba, una detallada estatua de un Lázaro muerto permaneció; incluso sus huesos se convirtieron en piedra. La estatua se inclinó y cayó, un brazo petrificado extendido hacia el cielo, los dedos extendidos como si buscara al Padre al que había invocado. Y cuando los últimos restos una vez que el polvo y la arena amarillenta se asentaron, la gruta volvió a su estado casi incontaminado y parecido a una cripta, salvo por el aleteo ocasional de un murciélago desprendido, las llamas crepitantes de un fuego animado y una piedra de granito cubierta con la túnica polvorienta y cenicienta de un escudero.

[Fin del capítulo 10]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~